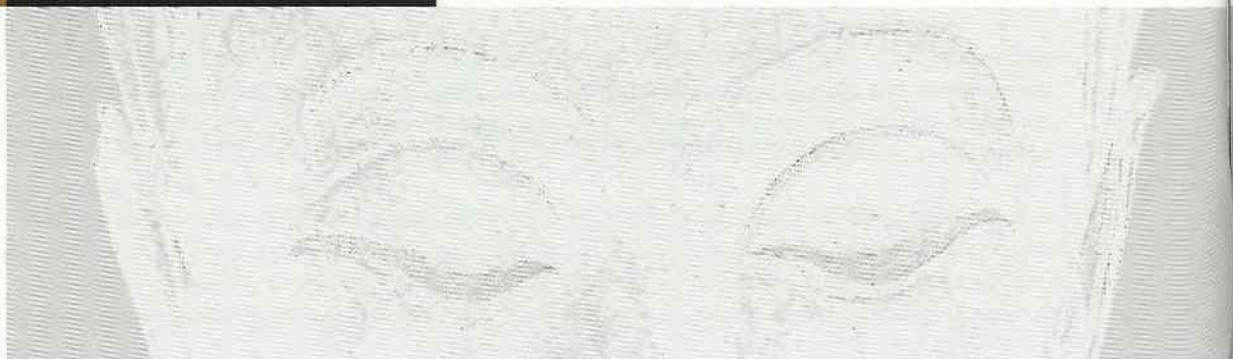


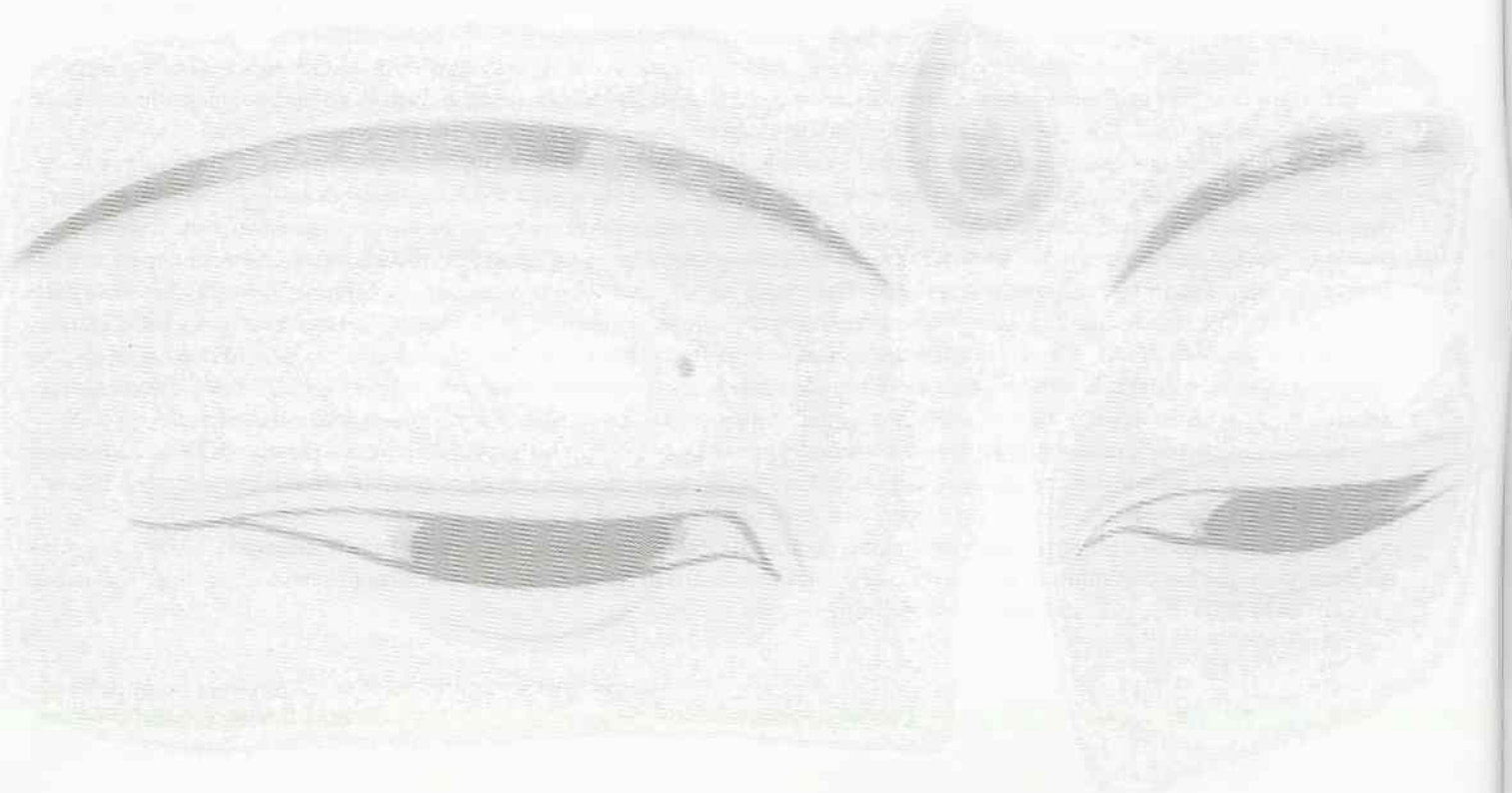
# Buda *en Borges*

JOSÉ RICARDO CHÁVEZ



# E

s muy conocida la riqueza de referencias en los escritos del escritor argentino Jorge Luis Borges en lo que atañe a religiones, filosofías y mitologías. Quizá la cábala ha sido el universo simbólico más mencionado. Algo se ha escrito sobre sus tratos literarios con el Islam y el cristianismo, incluso con el gnosticismo, pero poco o casi nada en lo que se refiere al budismo.



## PRIMEROS ATISBOS

Borges afirma haber conocido el budismo de niño, a través de la lectura del poema del inglés Edwin Arnold, *The Light of Asia* (La luz de Asia) (1879), libro que hizo más por la difusión de la figura del Buda en Occidente en el fin de siglo XIX y principios del XX, a un nivel más popular, que toda la labor acumulada de eruditos filólogos y traductores como Max Müller, dirigida más bien a sabios y conocedores. A pesar de que en algún momento Borges habla de estos versos de Arnold como algo más bien olvidable, lo cierto es que no los olvida y se acuerda de los versos finales y los repite en su vejez, cuando rememora: "El rocío está en la hoja/ levántate gran sol", y luego "La gota de rocío se pierde en el resplandeciente mar", y agrega Borges, más en una dirección hindú que budista: "es decir, el alma individual se pierde en el todo".

Borges quedó deslumbrado por una palabra, "Nirvana", a la que llama "rica, inagotable, perfecta", sonoramente insuperable, intraducible. A los 16 años Borges comenzó a leer a Schopenhauer, lector a su vez de filosofías orientales, y del budismo en particular, por lo que el interés orientalista de Borges se acrecentó. Entonces acudió a otros autores como Koeppen, Müller y Deussen, que le mostraron la diversidad y riqueza del pensamiento filosófico oriental, por lo que termina concluyendo que "todo ha sido pensado en la India y en la China: todas las filosofías posibles, desde el materialismo hasta las formas extremas del idealismo, todo ha sido pensado por ellos. Pero ha sido pensado de un modo distinto, de manera que desde entonces nos hemos dedicado a repensar lo que ya había sido pensado en la India y en la China" (1992, 97).

## INTERÉS CULTURAL NO RELIGIOSO

El acercamiento de Borges al budismo es estético y filosófico, no religioso. Al inicio de su conferencia sobre el budismo recopilada en *Siete noches*, Borges dice: "yo no estoy seguro de ser cristiano y estoy seguro de no ser budista". Sin embargo, hay una especial simpatía suya que lo lleva a decir en la misma conferencia: "Creo que lo más importante no es que vivamos el budismo como un juego de leyendas, sino como una disciplina; una disciplina que está a nuestro alcance y que no exige de nosotros el ascetismo. Tampoco nos permite abandonarnos a las licencias de la vida carnal. Lo que nos pide es la meditación, una meditación que no tiene que ser sobre nuestras culpas, sobre nuestra vida pasada". Y acota: "Para mí el budismo no es una pieza de museo: es un camino de salvación. No para mí, pero para millones de hombres".

Su actitud es la de un escritor moderno que se acerca al ámbito simbólico y religioso de Buda desde fuera, con cierta empatía, lo percibe como un objeto cultural interesante, sugerente, a veces bello, que fecunda la propia imaginación literaria como fuente temática, metafórica o epistemológica, igual que ocurre con la cábala, con la que Borges comparte su perspectiva lingüística de diversos niveles interpretativos. El énfasis que la cábala pone en el carácter lingüístico y escritural del mundo desde luego que resulta más atractivo al escritor de ficciones que la proclama de silencio que, en último instancia, hace el budismo.

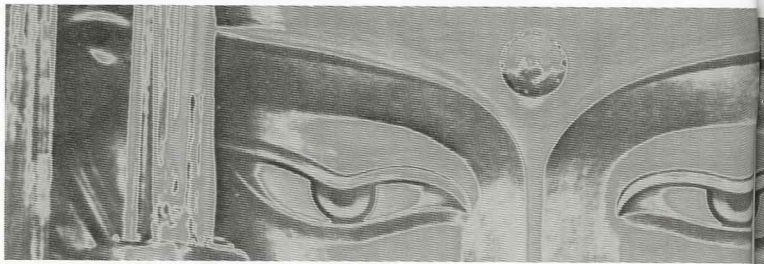
A diferencia de la cábala, el budismo en Borges no aparece como elemento temático en el cuento o en la poesía, aunque sí en el ensayo. Su predilección por el budismo no es religiosa, según vimos, sino filosófica y moral. Filosófica, por la epistemología y la cosmología idealistas que tienen Borges y su lectura del budismo, que lo lleva a vincularlo con el idealismo filosófico occidental del tipo de Berkeley, Hume y Schopenhauer, objeto de sus personales simpatías; predilección moral, por la tolerancia intelectual y el cultivo de la sabiduría que la doctrina de Buda proclama y con los que Borges asiente cuando dice "El budismo no exige de nosotros ninguna mitología; no tenemos que creer en un dios personal, podemos creer si queremos, o si no, no, pero tenemos que obrar éticamente, eso es lo importante" (1991, 334). Con respecto a la tolerancia budista hacia

otras religiones a lo largo de la historia, Borges dice que "no es una debilidad, sino que pertenece a su índole misma"; tal "extraña tolerancia no corresponde, como en el caso de otras religiones, a distintas épocas: el budismo siempre fue tolerante" (1980, 78).

### TÍTULOS IMPORTANTES

Al revisar sus escritos, y sin pretender exhaustividad en esta labor, encuentro cuatro textos fundamentales: el ensayo "La personalidad y el Buddha", de 1951, publicado en la *Revista Sur*; otro titulado "Formas de una leyenda", que aparece dentro del libro de 1952 *Otras inquisiciones*; la conferencia "El budismo" de 1977, recogida en el libro *Siete noches* (1980), y finalmente, en un verdadero salto cuantitativo pero no cualitativo, el libro escrito en colaboración con Alicia Jurado, *¿Qué es el budismo?* (1976).

De estos títulos, el primero es el más interesante y aportativo, mientras que el cuarto es el más débil, con serios problemas de comprensión de algunos conceptos tales como *karma*, que lo llevan a afirmaciones cuya ingeniosa retórica no logra ocultar su falta de comprensión del asunto, o bien, cuando trata algunas vertientes del budismo como el tantrismo, donde Borges hereda el prejuicio de buena parte de la crítica occidental del siglo XIX y parte del XX, por ignorancia de las fuentes primarias. Material budista está presente en diversas antologías de Borges, como la *Antología de literatura fantástica* y *El libro del cielo y del infierno*. Un último recurso es de tipo oral, y se refiere a algunas conversaciones radiofónicas habidas entre Borges y Osvaldo Ferrari, recogidas en el libro *Diálogos* (1992), en el que hay tres de una selección de sesenta sesiones al aire en las que Borges aborda con abundancia su gusto por el budismo, a saber, "El budismo", "Diálogo sobre la filosofía" y "La personalidad y el Buda" (también hay una breve referencia al budismo en "Dos viajes al Japón"). La anterior lista tentativa nos hace desconfiar de la declaración de Borges cuando dice "He hablado poco del budismo y mucho de otras cosas, pero quizá está bien que sea así" (Ferrari, 1992, 337).



## LA LEYENDA DEL BUDA

En estos textos, más allá de sus distintos enfoques, hay tres puntos en común que Borges desarrolla: primero, la presentación y comentario de la leyenda del Buda, siguiendo con más o menos fidelidad y detenimiento los canónicos doce momentos significativos a partir de fuentes “clásicas” como el *Lalitavistara* y el *Buddhacarita*, a saber: su existencia bodhisátrica en el cielo de Tusita, su descenso a este mundo, su entrada en el cuerpo de su madre, la reina Maya; su nacimiento pleno de milagros y maravillas, su perfección en las artes mundanas, su placentera vida en palacio (llega a casarse y a tener un hijo), su partida del hogar tras su encuentro con la enfermedad, la vejez y la muerte; su práctica ascética, su victoria sobre Mara, el Señor de la Ilusión; su iluminación, la puesta en acción de la rueda de la doctrina y su parinirvana, o muerte física y consumación espiritual.

### EL CONCEPTO DE PERSONALIDAD

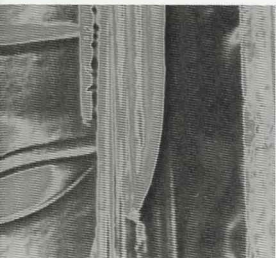
El segundo punto en común es su preocupación por señalar el distinto lugar que, en relación con el Occidente cristiano, ocupa el concepto de personalidad en el horizonte budista, afirmado enfáticamente en el primero, negado filosófica y contemplativamente en el otro. También Borges reconoce la inmediata reacción de muchos occidentales frente al Buda de compararlo con Cristo, su máximo ideal humano y/o divino hasta ahora. Tal comparación, a juicio de Borges, “es viciosa, no sólo por las diferencias profundas (de cultura, de nación, de propósito) que separan a los dos maestros, sino por el concepto mismo de personalidad que conviene a uno, no a otro” (1999, 35).

Puesto que el budismo niega la permanencia de un yo o alma o personalidad, es lógico que el énfasis se haga en la doctrina del Buda y no en su biografía, al grado que para muchos budistas, sobre todo de la escuela Mahayana, la existencia histórica del Buda no sería lo más importante para la eficacia iluminadora de su doctrina, algo impensable para un cristiano con respecto a su Maestro, de quien defiende su corporalidad, su personalidad, su carácter de verbo divino hecho carne, por lo menos en la versión de cristianismo que históricamente prevaleció (no así, por ejemplo, en algunas versiones gnósticas). Sobre este punto, metafóricamente puede decirse que, mientras que el cuerpo de Buda es transparente y poroso, el de Cristo, es opaco y sólido. Uno está vacío de sí; el otro, lleno de sangre.

Borges llega a decir (aunque también sucumba a ello) que hacer esta comparación entre uno y otro maestro es, además de una falta de comprensión de la doctrina budista, “trasladar —anacrónicamente, absurdamente— una superstición occidental a un terreno asiático” (1999, 39). Es así como el discurso budista se cuida mucho de no dramatizar, de no cargar demasiado las tintas emocionales de la biografía del fundador. Nada más opuesto en patetismo a la muerte de Cristo, en sangrienta crucifixión, que la serena muerte de Buda, recogida iconográficamente en los budas durmientes de medio lado, sobre el lado derecho, en pleno parinirvana.

A Borges le resulta atractiva la negación ontológica del yo que hace Buda, lo que no significa negar su existencia práctica, como efecto contingente, no un sujeto constante sino una sucesión de momentos mentales. De esto la vida resulta como una suerte de sueño sin soñador, “un sueño que se sueña a sí mismo, un sueño sin sujeto; de igual modo que se dice nieva, llueve, podría decirse se piensa, o se imagina, o se siente, sin que necesariamente haya un sujeto detrás de esos verbos” (1992, 224). Borges ejemplifica este concepto abstracto en su cuento “Las ruinas circulares”, en el que tenemos a un soñador soñado por alguien soñado a su vez, en una incesante cadena de ensueños.

Debido a esta falta de aprecio del budismo por la personalidad y sus devancos neuróticos, a los que, lejos de cultivar estéticamente, pretende eliminar por la alerta constante, es que Borges habla de una supuesta incompatibilidad entre el budismo y la novela como género literario. Dado el énfasis budista en la impermanencia y transito-



riedad del mundo, la poesía y, en cierto grado, el cuento, parecen medios literarios más apropiados, tal como lo ejemplifica las riquísimas tradiciones poéticas de Japón y China, impregnadas de budismo y taoísmo.

### EL CONCEPTO DE NIRVANA

El tercer y último punto en común que presentan los textos de Borges sobre el budismo se refiere a sus comentarios al concepto de nirvana, muy vinculado con el segundo tema ya visto, la noción de personalidad. Ya durante la recepción decimonónica del budismo, el concepto de nirvana había generado una amplia discusión, en la medida en que se le interpretó ontológicamente como aniquilamiento del yo, algo claramente polémico para una cultura cristiana que afirma el yo y el mundo. La interpretación aniquilacionista del nirvana tendió a modificarse posteriormente, conforme se fue conociendo mejor la amplia literatura budista, al comenzar a verse tal concepto en términos soteriológicos, es decir, al enfocarse el budismo como una doctrina de liberación y no sólo como una metafísica, a la manera del idealismo occidental.

Borges se adhiere a la equivalencia nirvana igual a aniquilación, en la medida en que filológicamente el término apunta a la idea de la extinción de una llama, pero hay que entender aniquilación no según nuestra óptica, sino como se entendía en tiempos del Buda: "un orientalista austriaco hace notar que el Buda usaba la física de su época, y la idea de la extinción no era entonces la misma que ahora: porque se pensaba que una llama, al apagarse, no desaparecía. Se pensaba que la llama seguía viviendo, que perduraba en otro estado, y decir nirvana no significaba forzosamente la extinción. Puede significar que seguimos de otro modo. De un modo inconcebible para nosotros" (1982, 96). De hecho, el conjunto metafórico con el que suele describirse el nirvana siempre es positivo: "Se lo compara con una isla. Con una isla firme en medio de las tormentas. Se lo compara con una alta torre; puede comparárselo con un jardín, también. Es algo que existe por su cuenta, más allá de nosotros" (97); "al hablar del Nirvana, el Buda usa palabras positivas; habla de una esfera del Nirvana y de una ciudad del Nirvana" (1991, 89).





## PREDILECCIONES Y PREJUICIOS

No me extenderé más en estos conceptos budistas que tanto impresionaron a Borges, al grado que siempre los tomó en cuenta a la hora de escribir sobre la doctrina del Buda. Tampoco podemos abordar con mayor detalle el mayor o menor nivel de comprensión logrado por Borges del universo budista, de sus distintas doctrinas y tradiciones, desde el Theravada del sudeste asiático, pasando por el Mahayana de China y Japón y llegando al tantrismo indotibetano, variaciones que el autor argentino aborda en el libro *¿Qué es el budismo?*

Borges muestra una clara predilección por el budismo zen, que es el que mejor conoció (visitó varias veces el Japón), junto con el Theravada: "Yo tengo para mí que si hay dos budismos que se parecen, que son casi idénticos, son el que predicó el Buddha y lo que se enseña ahora en la China y el Japón, el budismo zen. Lo demás son incrustaciones mitológicas, fábulas" (1982, 86). Cuando lee y escribe sobre el Mahayana, lo desfigura al asimilarlo eurocéntricamente a una suerte de idealismo occidental adelantado en el tiempo, mágico y politeísta, y, en lo que se refiere al budismo tántrico, muestra un gran desconocimiento y prejuicio.

Basten por ahora estas ideas presentadas apenas como una introducción a las posibilidades de lectura que brinda el vínculo entre Borges y Buda.



### Bibliografía parcial de Borges sobre el budismo

- "El budismo", en *Siete noches*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.
- "Formas de una leyenda", en *Obras completas*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1974.
- "La personalidad y el Buddha", en *Borges en Sur (1931-1980)*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1999.
- Borges, J.L. y Osvaldo Ferrari, *Diálogos*, Seix Barral, Barcelona, 1992.